

VALS DE PRIMAVERA

XIMENA NICOLE ALMEIDA PAYÉ

Una vez más, Yuriko regresó con el rímel corrido y los tacones colgando de sus dedos. El tintineo de las llaves, probándose una por una en la cerradura, resonó como campanillas en la madrugada. Al oírla, Misho estiró sus patas y se plantó frente a la puerta. Apenas terminó el juego metálico, Yuriko se desplomó sobre aquella bola de pelo negro.

—Ay, Misho... otra noche sin encontrar ni un chico lindo para bailar.

—Es porque tú no quieres bailar con cualquiera, Yuriko.

Ella hizo una mueca frunciendo la nariz ante el comentario del gato, y se dio la vuelta. Comenzó a desvestirse camino al cuarto. Cuando sus dedos encontraron el broche del brasier, un rojo intenso la detuvo: unas zapatillas de ballet descansaban al borde de su cama.

—¿Qué hacen fuera, Misho? —susurró Yuriko.

El gato se estiró con una lentitud ceremonial antes de responder:

—Hoy empieza la primavera, así que creí que sería un buen momento.

El aroma a talco y cerezos secos la atravesó. Recordó la respiración agitada tras el *pas de deux*, las cintas rojas atadas a las muñecas de Kaori y los pétalos atrapados en su cabellera de ébano mientras su voz florecía en el aire: “Así, Yuri... deja que tu cuerpo caiga... como los pétalos”.

Yuriko se dejó caer en la cama y la voz de Misho la regresó al frío de la madrugada.

—Aún duele, ¿verdad? Aunque las primaveras sigan pasando.

Yuriko acarició las zapatillas. El tacto de la seda roja la transportó. De pronto, se encontraba diez años atrás, bajo el cerezo del jardín de Kaori. La audición para el Bolshói era en un mes y su amiga se ajustaba las cintas de las zapatillas mientras reía.

—¡Más alto, Yuri, más alto! —exclamaba Kaori—. ¡Como las de la película!

—¡Son rusas, Kaori! Miden más, por eso saltan más.

—Pues seremos las primeras japonesas en saltar tan alto como ellas.

Se apretó una zapatilla contra el pecho y las lágrimas le brotaron.

—Era el ballet Bolshói, Misho... nuestro sueño.

Recordó el andén del tren al atardecer: Kaori, con los ojos vidriosos, extendiéndole un paquete envuelto en papel de arroz. “Guárdalas, Yuri. Cuando vuelvas, me las devuelves... y tendré en mis manos las zapatillas de una profesional”.

—Ella debía cuidar a su abuela, Misho. Y yo... cumplir el sueño por las dos.

Misho se frotó contra su mejilla y de un salto se acomodó junto a la ventana. Una brisa entreabrió los vidrios, dejando pasar un hilo de luna que iluminó su pelaje.

—¿Y tú sigues buscando bailar con ella?

Yuriko cerró los ojos. El frío de Moscú le recorrió el cuerpo otra vez.

—¡Más alto el *arabesque*, *devushka*! ¡Vuelve a la barra! —rugía la voz del maestro Petrov—. ¡Esa pierna no es un tronco! ¡Estira más, mucho más!

Intentó elevarse como en Kyoto, pero sin las manos de Kaori guiándola, sus músculos se negaron.

—Seis meses... —susurró Yuriko—. Seis meses de cartas que nunca me atreví a enviar. ¿Qué se suponía que le dijera?

—¿Y por qué no volver antes?

—Por vergüenza, Misho. Fracasé. Y cuando al fin regresé...

Recordó estar en la entrada de la casa de Kaori. Bajo la lluvia, con el equipaje y las zapatillas intactas. Ninguna respuesta a sus golpes en la puerta. Echó una vista hacia el jardín: el cerezo estaba seco.

—Su abuela murió ese invierno, Yuri.

El gato saltó a la mesita de noche justo cuando la brisa acarició el dial de la radio. Se oyó un clic, y un vals antiguo inundó la habitación. El mismo que una vez bailaron durante el *hanami*.

Entonces, Yuriko se irguió. Frente al espejo, se limpió las lágrimas y, con las manos aún temblorosas, inició un antiguo ritual:

—Cinta izquierda, dos vueltas, nudo ajustado. Cinta derecha, vuelta sencilla, nudo escondido.

Diez años después, sus dedos todavía recordaban a Kaori guiando los suyos.

Y bailó.

De un salto llegó a la sala. En medio de su primer giro, los muebles retrocedieron para darle espacio. Un *plié* profundo en la alfombra la elevó y cayó en un *jeté* que rasgó el aire. La madera crujía como los viejos tatamis de Kyoto.

Al tercer giro, sucedió.

Pétalos de cerezo llovieron del techo. La brisa se tiñó de talco y azúcar de arroz. Unas manos tibias le ciñeron la cintura y un susurro japonés le rozó el cuello:

—*Hanabira no yo ni odoru*.

—¿Kaori? —pronunció.

Cerró los ojos. Ya no bailaba para el Bolshói. Ni para perseguir el viejo sueño.

Bailaba para volver a aquellos días con Kaori. Para ese cerezo perdido.

—¡Perdóname! —gritó hacia esa presencia en su hogar—. ¡En serio te necesito!

Cuando el último giro la dejó temblando, el suelo estaba cubierto de flores rosadas.

Tres golpes se oyeron.

Misho corrió hacia la puerta, y Yuriko lo siguió. Abrió.

Nadie.

Pero en el umbral, sobre un montón de pétalos frescos, descansaba una cinta roja, gastada por el tiempo.

Estaba tibia.

Yuriko la ató a su muñeca.

Lo supo, en lo más hondo de su pecho:

Alguien había esperado.

Y alguien, al fin, había vuelto.